

# La noción de patrimonio: evolución de un concepto

Desde la Antigüedad  
hasta nuestros días

**Martín Fusco**

# **LA NOCIÓN DE PATRIMONIO: EVOLUCIÓN DE UN CONCEPTO**

---

Desde la Antigüedad hasta nuestros días

**Martín Fusco**

Fusco, Martin

La noción de patrimonio : evolución de un concepto : desde la antigüedad hasta nuestros días. - 1a ed. - Buenos Aires : Nobuko, 2012.

412 p. : il. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-584-373-8

1. Patrimonio Arquitectónico. I. Título

CDD 720.9

Diseño de tapa: Vanesa Farías

Diseño general: Florencia Turek

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores, viola derechos reservados; cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

© 2012 nobuko

ISBN: 978-987-584-373-8

Enero de 2012

Este libro fue impreso bajo demanda, mediante tecnología digital Xerox en

**bibliográfika** de Voros S.A. Bucarelli 1160. Capital.

info@bibliografika.com / www.bibliografika.com

*Venta en:*

**LIBRERIA TECNICA CP67**

Florida 683 - Local 18 - C1005AAM Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4314-6303 - Fax: 4314-7135

E-mail: cp67@cp67.com - www.cp67.com

**FADU** - Ciudad Universitaria

Pabellón 3 - Planta Baja - C1428EHA Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4786-7244

# **LA NOCIÓN DE PATRIMONIO: EVOLUCIÓN DE UN CONCEPTO**

---

Desde la Antigüedad hasta nuestros días

**Martín Fusco**

nobuko





# ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO .....	9
PREFACIO.....	13
<b>PRIMERA PARTE   UNA APROXIMACIÓN AL OBJETO DE ESTUDIO</b> ....	19
<b>1   El hombre, de la naturaleza a la cultura</b> .....	21
<b>2   Los objetos en el tiempo: el legado de la cultura material         convertido en patrimonio</b> .....	27
<b>3   Los procesos de selección. Los valores</b> .....	33
<b>SEGUNDA PARTE   LA NOCIÓN DE PATRIMONIO: UNA MIRADA         EN EL TIEMPO</b> .....	47
<b>1   LAS CULTURAS DE LA ANTIGÜEDAD</b> .....	49
1.1. Lo que es es lo que ha sido ya y lo que será.....	49
1.2. La historia como decadencia y el peso de las tradiciones ...	55
1.3. La revolución histórica del primer cristianismo.....	58
1.4. La belleza y los números .....	64
1.5. Un primitivo impulso coleccionista .....	71
1.6. Monumentos nuevos.....	75

<b>2   LA EDAD MEDIA</b> .....	81
2.1. La progresiva secularización del tiempo .....	82
2.2. La belleza de Dios .....	86
2.3. El valor de las reliquias.....	90
2.4. El lugar y la memoria .....	93
<b>3   EL RENACIMIENTO</b> .....	99
3.1. Pasión por lo que fue e ilusión por lo que será.....	104
3.2. La figura del artista y la belleza clásica .....	111
3.3. Un coleccionismo humanista .....	117
3.4. La autoridad del pasado y su constante actualidad.....	122
<b>4   EL MUNDO BARROCO</b> .....	135
4.1. El valor del tiempo presente .....	139
4.2. Entre la autoridad de la Academia y el poder de la imaginación .....	143
4.3. Un coleccionismo científicista .....	150
4.4. La subversión de las normas y el valor del prestigio.....	153
<b>5   LA ILUSTRACIÓN</b> .....	163
5.1. El devenir del tiempo alumbrado por la razón .....	168
5.2. Las bellas artes y el valor subjetivo de la belleza.....	179
5.3. El valor del pasado como testimonio del progreso: los museos y la educación .....	189
5.4. La arqueología y el valor documental de los monumentos...192	

<b>6   EL SIGLO XIX.....</b>	<b>201</b>
6.1. Entre la pasión por el pasado y la confianza en el progreso.....	208
6.2. La belleza romántica y la dimensión histórica del arte.....	225
6.3. Historicismo y coleccionismo: El siglo de los museos.....	238
6.4. El nacimiento de la conservación arquitectónica.....	246
<b>7   EL SIGLO XX. La modernidad contemporánea .....</b>	<b>283</b>
7.1. La promesa del futuro y la manipulación del pasado .....	283
7.2. El aplastante valor de lo nuevo.....	294
7.3. Una breve crisis en el mundo del coleccionismo .....	301
7.4. La conservación arquitectónica: del monumento al ambiente.....	305
<b>8   LAS DÉCADAS RECIENTES.....</b>	<b>333</b>
8.1. De regreso al pasado.....	333
8.2. La conflictiva indefinición del arte .....	347
8.3. Monumentales maquinarias culturales.....	355
8.4. La conservación arquitectónica en nuestro tiempo .....	360
<b>TERCERA PARTE   CONSIDERACIONES FINALES.....</b>	<b>379</b>
<b>1   A manera de conclusión.....</b>	<b>381</b>
<b>2   Algunas cuestiones últimas.....</b>	<b>393</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>401</b>



## PRÓLOGO

La palabra patrimonio no me resulta tan amable y dulce como muchas otras, a pesar de formar parte indispensable del vocabulario de uso cotidiano con el que trabajo y doy forma a mis ideas. Le falta melodía quizá tanta cuanto le sobra de carga ancestral. A esto último, lo de ancestral, Choay lo destaca enfáticamente, remarcando que dicha carga involucra a la familia, a los grupos, y en tales situaciones su significación parte de lo económico para terminar impactando en la sociedad. Sin embargo, ya en tiempos del Imperio romano el historiador Suetonio escribía *bellis civilibus patrimonio*, aludiendo y valorando quizá a algunos ciertos bienes civiles desde las dimensiones histórica y estética.

En latín el vocablo *patrimonium* viene de *pater*, el que a su vez deriva del griego, y nombra al padre, pero también lleva implícita la idea de veneración: *Bacche, pater* (¡Oh, venerado Baco!), decía Cicerón. La figura del padre (y la madre diríamos sin dudas y con razón hoy) y cuanto éste implicaba de carga recibida, de lo heredado, junto con la veneración, allanaron sin dudas el camino para que

luego se acuñase la idea de patrimonio histórico, como un ejemplo de aquellas palabras compuestas a las que antes aludía, lo cual sucedió mucho después del apogeo romano, lo que hizo que desde entonces el vocablo patrimonio adquiriera una especial connotación.

Primero fue el patrimonio histórico, luego el monumental y recién después el arquitectónico o edificado, esto ya en tiempos más recientes a nosotros, cuando, en cambio, la primera categoría es una invención decimonónica europea.

Pero ni Cicerón, ni Suetonio ni Choay forma parte de nuestra historia cultural americana y menos aún tuvieron ni tienen peso en América latina en las cuestiones referidas al patrimonio cultural en general y edificado en particular. Nuestra historia, la latino americana, es al respecto fragmentaria y sostenida por la acción más que por las ideas, las que resultan ser por lo general ligeras interpretaciones de otras prestadas, aunque no siempre bien interpretadas, cuando tan sólo se trata de posiciones volátilmente sostenidas en Cartas y Normas, asumidas estas como *corpus* conceptuales y cuasi manuales, erróneamente considerados atemporales y de validez universal.

Encontrar en nuestras tierras a alguien dispuesto a adentrarse en búsquedas que arrojen luz, transiten caminos no frecuentados y, en definitiva, se sumen a los pocos que se aventuran en América latina a los aspectos teórico-conceptuales en relación con el patrimonio edificado y su conservación, es un síntoma esperanzador. Esto significa que no todos, aunque sean pocos, se contentan afortunadamente con discursos y con frases hechas, insostenibles la mayoría de las veces, y buscan aportar para que poco a poco podamos ir dando forma a *corpus* conceptuales propios, aunque con las imprescindibles referencias ajenas, que nos permitan decir y actuar en consecuencia de cuanto y cómo somos y fuimos a la luz del patrimonio edificado.

Pablo Martín Fusco intentó bucear en un proceso que no es propiamente nuestro, pero que sin embargo nos permite descubrir donde y por qué estamos parados, evidenciando sin señalar a las ausencias que nos identifican. Lo hizo como tema de su tesis para obtener el grado de Magister y hoy se dispone a compartir los resultados, hecho que acompaño gustosamente, pues es sólo en compañía como crecemos, ya que, como sabemos, el océano está hecho de una suma infinita de gotas. Aquí van varias de ellas con la intención, al menos de mi parte en tanto introductor de las mismas, de que despierten las ganas de otros tantos investigadores dispuestos a interrogarse, a cuestionar, a buscar y a construir pensamientos alrededor del patrimonio y su conservación. Nuestros bienes edificados serán los que se vean grandemente beneficiados.

Tuve el privilegio de dirigir la tesis de Pablo Martín Fusco, tarea que, más que de dirección, fue de acompañamiento a alguien que sabía muy bien adonde quería llegar. El que hoy presentamos es el lugar hacia donde Fusco iba, y lo expreso en pasado pues afortunadamente no se quedó instalado en él, ya que hoy va en la búsqueda de otros nuevos lugares, asumidos estos como verdades ocultas, veladas, lejanas o próximas, pero verdades científicas y, en tanto tal, furtivas y siempre queriendo ser otra cosa, un algo más.

**HORACIO GNEMMI B.**

Córdoba, abril de 2011.



## PREFACIO

Un rápido recorrido por los periódicos; un relevamiento veloz de la programación de televisión o la mirada atenta de la cartelera de cines y teatros en cualquier ciudad nos sugieren de inmediato que el pasado y la historia tienen una importancia vital en las sociedades contemporáneas. Casi sin excepción los medios de comunicación, cada vez más numerosos y diversos en cuanto a temáticas, enfoques y soportes, dedican editoriales, secciones o fragmentos al pasado y a la historia, abordándolos en algunos casos con rigor y seriedad, en otros con una preocupante liviandad. La divulgación de la historia, o sea la voluntad de ponerla al alcance de un público masivo, ha alcanzado en nuestro tiempo dimensiones inusitadas, tomando en algunos casos un grado notable de espectacularidad que irremediablemente termina banalizándola. Cualquier acontecimiento (social, político, económico, científico, artístico) despierta la necesidad en quienes sobre él reflexionan de rastrear sus antecedentes, de encontrar sus posibles causas o motivaciones en el pasado reciente o remoto, de enlazarlo con otros hechos que ocurrieron en un tiempo que ya sucedió pero

que es necesario traer al presente para reconstruir su trayectoria y obtener las respuestas que el presente no proporciona. En el mismo orden de cosas, cualquier efeméride se celebra con la mayor efusividad, independiente de la importancia o trascendencia que pueda revestir para el común de la gente.

La inclinación de las sociedades contemporáneas por las cosas antiguas, por los objetos que vienen del pasado y nos hablan de él, parece originarse y sostenerse en el contraste que estas producen con el presente, dimensión temporal esta última caracterizada por la permanente inestabilidad. Precisamente en un mundo como el que nos toca vivir en el cual lo único constante es el cambio, el pasado se convierte en uno de los pocos –sino el único– remansos de paz. La naturaleza no constituye ya una alternativa, dada la casi absoluta intromisión humana en los sitios naturales y su consecuente degradación. Este fenómeno no es nuevo; ocurrió con otras formas y en otras circunstancias cuando el desarrollo del mundo industrial modificó violentamente las formas tradicionales de vida a comienzos de la Edad Contemporánea. Sin embargo la situación actual aporta otros componentes a esta suerte de devoción por el pasado que experimentamos. La transformación brusca y cada vez más acelerada del entorno material que contiene a la vida cotidiana de las personas –y me refiero concretamente a las ciudades– ha despertado un interés notable en distintos segmentos sociales por los objetos del pasado, aunque no siempre ese interés se traduzca en la voluntad de mantenerlo o conservarlo. En este contexto, la palabra *patrimonio* aparece con frecuencia en distintos discursos y en casi todos los ámbitos, desde el periodístico hasta el académico, pasando por el político, el del turismo y el de los negocios. Hablar de patrimonio parece ser un asunto de todos y de todos los días.

Sin embargo, el de patrimonio es un concepto cuyo significado es sencillo y directo pero a la vez, según las intenciones de quien lo utilice y el contexto o circunstancia en que ese uso se produzca,

puede revestirse de sentidos y matices de significación diversos que modifican sustancialmente su carácter. De hecho, hoy en día es innumerable y extremadamente diversa la cantidad de objetos –y me refiero solo a los objetos materiales, dejando de lado por ahora a otras categorías– a los cuales se les asigna la condición de patrimonio. Simultáneamente, y si miramos con atención, parece ser que la condición patrimonial puede revestir a un objeto en un determinado momento cargándolo de un significado especial y distinguiéndolo de otros; y esfumarse casi sin razones aparentes en un tiempo inmediatamente posterior. O mas extraño aun, un objeto puede ser y no ser considerado un bien patrimonial al mismo tiempo, según quienes lo estén contemplando y cuales sean sus particulares intereses. Incluso si quienes lo observan coinciden en considerarlo un objeto patrimonial, probablemente para cada uno de ellos ese concepto tendrá un significado sensiblemente distinto y, por lo tanto, las formas de actuar sobre él serán disímiles.

La razón de tal amplitud y multiplicidad de significados reside en dos cuestiones principales. Por un lado en el carácter complejo de su construcción, que se configura a través del aporte de ideas provenientes de otras disciplinas y quehaceres: la filosofía, el arte y la historia como las primeras e ineludibles referencias; la ciencia, la religión, el coleccionismo, la arquitectura, la propia conservación convertida en disciplina a comienzos del siglo XIX, en segundo término. Por otro lado tal diversidad debe atribuirse a la historicidad del concepto de patrimonio, o sea su capacidad de haber ido transformando su significado a lo largo del tiempo, superponiendo y acumulando en su interior diferentes ideas en muchos casos antagónicas, en otras afines y complementarias. Aquellos significados atribuidos al concepto de patrimonio a lo largo del tiempo se han ido sedimentando lentamente, superponiéndose como capas unas sobre otras y contribuyendo a conformar el sentido –o los sentidos– que otorgamos hoy al término patrimonio y, consecuencia de ello, los usos que se le asignan.

El propósito de la investigación que aquí presento ha sido determinar el significado de la noción de patrimonio en cada momento histórico y desentrañar la razón de las transformaciones operadas en su interior conforme al devenir de la cultura occidental, con el objeto de comprender el sentido que actualmente le damos a un concepto cuya utilización se ha vuelto indiscriminada.

Desde el punto de vista metodológico, la investigación se sustentó en la indagación de fuentes bibliográficas de distinto tipo provenientes de los cuatro campos fundamentales desde los cuales, a mi criterio, se derivan elementos que contribuyen a la construcción de la idea de patrimonio. Estos son: el arte, la mentalidad histórica, el coleccionismo y la conservación. Cada uno de ellos contiene a su vez dimensiones particulares, tales como la idea de belleza y su relación con el arte, la experiencia estética, el vínculo entre la memoria y la historia, la oposición entre las ideas de antigüedad y modernidad, la valoración de la cultura material, la relación entre las actitudes y las acciones sobre los objetos del pasado, solo por nombrar algunas pocas. Y cada uno de ellos se nutre de los demás, o lo configura incluso como su objeto de estudio en ciertas ocasiones. A partir de este esquema he desarrollado la investigación, recurriendo a la periodización convencional con la que tradicionalmente se ha abordado el estudio del devenir de nuestra cultura occidental.

El libro se estructura en tres partes. La Primera Parte está dedicada a la presentación del objeto de estudio —el patrimonio— e incluye en sus apartados consideraciones acerca del proceso de patrimonialización de los objetos, de los actores involucrados en dicho proceso, de las herramientas de selección, etc. Considero imprescindible esta introducción en la que se plantean los fundamentos generales de la cuestión patrimonial para luego, en la Segunda Parte, intentar desentrañar el significado de la noción de patrimonio en cada momento histórico o periodo cultural. Es esta la

sección principal del texto, y esta organizada en ocho capítulos en los cuales he pretendido realizar una mirada a través del tiempo sobre el problema planteado, comenzando en el mundo antiguo y finalizando en las últimas décadas del siglo pasado. Cada uno de los capítulos contiene cuatro apartados en los cuales se enfoca el problema desde la cuestión del arte, desde la mentalidad histórica, desde coleccionismo y desde las actitudes y acciones de conservación, para finalmente cruzar todas esas visiones en un intento de aproximación a la definición del concepto de patrimonio en cada momento. En la Tercera Parte, a modo de conclusión, se retoman todas las líneas planteadas en la Segunda Parte intentando una síntesis en la cual se detectan permanencias, continuidades y rupturas en los significados del concepto. Finalmente, y partir de lo investigado, propongo una serie de interrogantes que surgen del estado actual del problema, y que considero merecen una reflexión que excede los límites y objetivos de este trabajo.

Este libro es una versión corregida de la tesis desarrollada por quien suscribe para obtener el grado de Magister en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio Arquitectónico en la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba, defendida en diciembre de 2005. Fue dirigida por el Dr. Horacio Gnemmi, a quien debo, por un lado, gran parte de mi formación en los campos de la conservación del patrimonio y de la historia de la arquitectura y la ciudad, y por otro el hecho de haberme contagiado su espíritu inquieto y crítico para abordar los temas de investigación en el ámbito académico. Vayan para él mi más profundo agradecimiento y mi sincera amistad.

**MARTÍN FUSCO**



# **PRIMERA PARTE**

---

## **UNA APROXIMACIÓN AL OBJETO DE ESTUDIO**

*“La vida de mi memoria es mi vida. Cuando una muere, la otra se extingue. Recordar es lo que permite al hombre afirmar que el tiempo deja huellas y cicatrices sobre la superficie de la historia, y que todos los acontecimientos se encuentran concatenados unos a otros, al igual que los seres vivientes. Sin la memoria nada es posible, nada de lo que hagamos merece la pena. Olvidar es violar la memoria, es privar al hombre de su derecho a recordar”.*

**ELIE WIESEL**



# 1 | EL HOMBRE, DE LA NATURALEZA A LA CULTURA

La aparición del hombre sobre la superficie del planeta implica su inclusión en un complejo sistema formado por elementos minerales, vegetales y animales cuya existencia y mutua interacción es previa e independiente a la de la especie humana. El medio natural que le acoge no es, ni remotamente, el Paraíso bíblico, habitado por seres perfectos, fuera del tiempo y libre de perturbaciones; por el contrario representa un medio hostil que desde el primer momento impone a la especie más reciente condiciones, trabas e impedimentos de todo tipo; circunstancias de cuyo sorteo y superación dependerá su supervivencia. Pero simultáneamente en el mismo medio natural están los recursos de los cuales valerse para emprender esa lucha por la supervivencia. El hombre recurre a su “condición humana”, o sea a una serie de aptitudes particulares y exclusivas de su género, para emprender la tarea de modificar su entorno inmediato y hacerlo habitable. Esto no es más ni menos que disponer, a través de sus facultades, de lo que la naturaleza provee para satisfacer un

conjunto de necesidades que aseguren su permanencia sobre la tierra. Es luchar por la existencia. Y aquí se involucran todas las dimensiones de la condición humana, desde las más inmediatas hasta las más trascendentes, desde la dimensión física hasta las esferas racionales y espirituales. Las respuestas a las necesidades más elementales, como el hecho de alimentarse y de cubrirse, de moverse por el territorio y defenderse aseguran la continuidad del hombre como especie, como ser vivo, al tiempo que comunicarse con los semejantes, vivir en grupos más o menos organizados y asegurar la descendencia determinan su condición gregaria y su voluntad de desarrollar sociedades. Otras necesidades tienen que ver con interrogantes más profundos, con el preguntarse sobre el origen de las cosas y de su mismo ser, con interrogarse sobre su esencia y su destino final, con el deseo de revelar para sí el misterio de la vida, con asumir su existencia limitada y pretender trascenderla y eternizarse.

Como reacción a los estímulos que provienen del entorno, como respuestas a estas necesidades que apelan tanto a lo físico como a lo psicológico y lo espiritual, el hombre pone en funcionamiento un amplio espectro de habilidades que traducidas en acciones constituyen su manera de habitar. Acciones que podríamos definir como “construir”. Construir es la manera de habitar del hombre, utilizando por ahora la idea de “construir” separada de la idea de edificar. La especie humana construye el mundo, o sea define para sí misma un “hogar colectivo”, una “casa común y exclusiva” donde vivir; y lo hace a través de humanizar el entorno natural modelándolo y transformándolo, construyéndolo con sus propias manos.

¿Y en qué consiste este construir? Construir significa, en esta primera instancia, operar racionalmente sobre la naturaleza para elaborar una serie de creaciones intelectuales que relacionadas entre sí le permiten al hombre comprender y organizar el entorno

que lo rodea en primer término, para luego dominarlo y asegurar su supervivencia. Estas relaciones –que se tornan cada vez más complejas y reciben aportes cada vez más numerosos y sofisticados– conforman un entramado denso y constituyen un nuevo marco de referencia que media entre el hombre y lo que lo rodea, que amortigua el contacto entre los grupos humanos y el territorio al transformarse en una segunda naturaleza a la que llamaremos, en principio, cultura.

El concepto de cultura ha sido y es aún un tema de discusión. Sin pretender remontarnos a los orígenes de la idea, las primeras definiciones cuyo contenido nos interesa mencionar para acercarnos con más claridad al concepto moderno pertenecen a mediados del siglo XIX. En 1843 Gustav Klemm, profesor alemán en Dresde definió la cultura como:

“...la suma de costumbres, información y destrezas, vida domestica y publica, en la guerra y en la paz, religión, ciencia y arte de un pueblo....y se manifiesta en las ramas de un árbol si están deliberadamente conformadas, en la fricción de maderas para obtener fuego, la cremación del cadáver del padre fallecido, la pintura decorativa de un cuerpo humano, la transmisión de la experiencia pasada a la nueva generación”<sup>1</sup>

Dos décadas mas adelante Edward B. Tylor, un antropólogo inglés introdujo por primera vez el término en la lengua inglesa, aunque prefiriera el de *civilisation* para definir la misma idea. Recién en 1871 se atreverá a definir “cultura” como:

---

<sup>1</sup> Klemm, Gustav. “Allgemeine Kultur-Gestchichte der Menschheit - Allgemeine Kulturwissenschaft”. 1843. Citado por Magrassi, G.; Maya, M.; y Frigerio, A.; “Cultura y Civilización desde Sudamérica”. Gallerna - Búsqueda de Ayllu. Concepción. 1999. Pág. 24

...”esa compleja totalidad que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, leyes, costumbres y toda otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad”.<sup>2</sup>

Como vemos, fue recién a fines del siglo XIX que el término “cultura” comenzó a adquirir un significado más o menos preciso, definido científicamente desde la antropología, y que involucraba una cierta validez universal, que a la vez tenía un alcance general y particular. Pero lo fundamental de este momento es que la idea de cultura comenzaba a despegarse ya, lenta pero definitivamente, del fenómeno subjetivo de “devenirse culto”, relacionado este a un nivel comparativo y elitista que podría asociarse a lo “ilustrado”, lo “instruido”, lo “leído” o “educado”, lo “refinado”. Cultura fue desde este momento una especie de estado o condición “natural” que todas las sociedades humanas y todas las personas compartían independiente de cuales fueran sus distintas manifestaciones.

Planteadas las bases para una definición antropológica de la cultura en el Siglo XIX, correspondió al Siglo XX (sobre todo después del periodo de Guerras) generalizar su uso, acercar más precisiones y al mismo tiempo profundizar el debate. El consenso aparente llegaría a mediados del Novecientos. En 1952 A. Kroeber y C. Kluckhohn, después de una larga investigación sobre el concepto de cultura en la que revisaron casi doscientas definiciones del término provenientes de publicaciones del campo de la antropología social, arribaron a una conclusión que arroja la siguiente acepción:

---

<sup>2</sup> Tylor, Edward B. “Primitive Culture”. 1871. Citado por Magrassi, G.; Maya, M.; y Frigerio, A.; “Cultura y Civilización desde Sudamérica”. Gallerna - Búsqueda de Ayllu. Concepción. 1999. Pág. 25

“La cultura consiste en patrones (*patterns* o modelos), explícitos o implícitos, de y para la conducta, adquiridos y transmitidos mediante símbolos, constituyendo los logros distintivos de los grupos humanos incluyendo sus expresiones en artefactos. El núcleo central de la cultura se compone de las ideas tradicionales (es decir, derivadas y seleccionadas históricamente) y especialmente de los valores que se les atribuyen; los sistemas culturales pueden, por una parte, ser considerados como los productos de la acción, por otra parte, como elementos condicionadores para otras acciones”.<sup>3</sup>

La definición de A. Kroeber y C. Kluckhohn marcó la moderna interpretación del concepto de cultura y es la que hoy en día la gran mayoría de los antropólogos sociales y culturales coinciden en utilizar cuando se les demandan precisiones. Los “patrones” o “modelos” que se mencionan en la definición anterior son, dicho con otras palabras, un conjunto de ideas, de abstracciones que el ser humano concibe y desarrolla durante el proceso arduo de comprensión y transformación de la naturaleza de acuerdo a sus necesidades, y que traducidas en símbolos –y aquí se pone en juego una capacidad sustancial que diferencia al hombre de los animales, la capacidad de simbolizar– puede compartir con otros individuos y transmitir a sus semejantes. De hecho el ser humano es el único ser vivo que es capaz de percibir y actuar sobre el entorno que lo rodea a partir de formarse ideas sobre el mismo. En apariencia, lo esencial de la cultura son las ideas y, según muchos pensadores de las últimas décadas, las únicas que pueden comunicarse y transmitirse. Sin embargo

---

<sup>3</sup> Kroeber, A. y Kluckhohn, C. “Culture, A Critical Review of Concepts and Definitions”. New York. 1952. Citado por Magrassi, G.; Maya, M.; y Frigerio, A.; “Cultura y Civilización desde Sudamérica”. Gallerna - Búsqueda de Ayllu. Concepción. 1999 Págs. 28 y 29.

los “modelos” de conducta que constituyen el germen de la idea de cultura promueven en el hombre acciones que implican, entre otras dimensiones, la manufactura y el uso de objetos materiales que sirven para enfrentar y adecuarse a la realidad física, para promover las relaciones entre los semejantes, para canalizar los impulsos de la creatividad y la imaginación y para crear símbolos dotados de significados. Estos artefactos, o sea productos materiales del ingenio y las habilidades humanas hechos a partir de la transformación de los recursos que proporciona la naturaleza, son inseparables de las ideas que les dieron origen, y de las cuales en muchos casos se han convertido en símbolo. El hecho de elaborar o construir objetos es una manera de dar una forma palpable a las ideas, de tal modo que aquellos no pueden ser comprendidos sin la presencia de estas que le dan razón de ser. Unidos a ellas como modo de contextualización, también son compartidos entre los miembros de un mismo grupo y transmitidos de una generación a la siguiente. De modo que podríamos concluir que cultura es un conjunto complejo de ideas relacionadas entre sí cuya manifestación concreta son las conductas y los artefactos que los hombres producen y transmiten con el objeto de enfrentar las condicionantes que surgen del entorno que lo rodea y adaptarse a él para asegurarse la supervivencia.

Precisamente es el conjunto de esos artefactos, que podríamos señalar como “cultura material” en relación a una “cultura ideacional” de la cual es manifestación, el que nos interesa como objeto de reflexión y análisis.

Hasta aquí hemos planteado en forma breve y concisa la relación inmediata y brutal del hombre con la naturaleza, y la cultura como el fenómeno resultante de la capacidad del hombre de construir un entorno artificial que atenúe las fricciones y permita la continuidad como especie. Resta indagar como la dimensión inobjetable del tiempo afecta a los actores involucrados y fundamentalmente a los objetos.

## **2 | LOS OBJETOS EN EL TIEMPO: EL LEGADO DE LA CULTURA MATERIAL CONVERTIDO EN PATRIMONIO**

Si bien es cierto que el tiempo es una característica fundamental de la experiencia humana, no está demostrado que desde el punto de vista biológico el hombre esté dotado de un “sentido” especial del tiempo, como si lo tiene de la vista, el tacto, el oído, el gusto o el olfato. La experiencia directa del tiempo en el ser humano es siempre la del presente y la idea del tiempo que se forma a priori deriva del reflejo de esta experiencia. Sin embargo esta idea de “presente continuo” de la experiencia sensorial va acompañada de un “sentimiento o conciencia de duración”, o sea del tiempo que transcurre entre dos situaciones o dos fenómenos. Esta conciencia de duración se desarrolla en cada individuo desde la niñez conforme se incrementan sus capacidades físicas e intelectuales; y tiene que ver en un primer momento con el desarrollo del sentido de la expectativa y la gradual conciencia del espacio, y del tiempo que se necesita para atravesarlo moviéndose. Estos primeros conceptos temporales tienen que ver, sobre todo, con la idea de futuro. El paso

siguiente para adquirir una conciencia completa de las relaciones temporales es darse cuenta de que las cosas no solo se relacionan entre sí unas con otras, sino también con su propia persona, y esto solo es posible con el desarrollo de la memoria. Si bien luego profundizaremos sobre la cuestión de la memoria y fundamentalmente sobre su relación con nuestro objeto de trabajo, podríamos definirla aquí como un conjunto de procesos dirigidos a actualizar en nuestro pensamiento informaciones que no se hallan presentes en la conciencia. El sentido de la memoria se desarrolla lentamente en el ser humano desde la infancia, incorporando en primer caso la “lengua materna”, o sea la de su familia y su grupo de social, lo que le permite insertarse en el sistema de convenciones simbólicas que rigen a este último. Poco a poco la memoria se va llenando de conocimientos impersonales y generales, pero también de recuerdos de la vida personal y hechos del pasado común del grupo de pertenencia cuya experiencia efectiva hemos vivido o nos ha sido relatada. Lenta pero constantemente la “historia” del universo social y cultural al que cada individuo pertenece se incorpora a su persona, pasando esta “conciencia del pasado” a formar parte del sistema de conexiones que se ponen en juego en la vida de relación.

Nuestro sentido del tiempo, entonces, involucra cierta conciencia de duración, y la clara distinción entre pasado, presente y futuro, nociones estas últimas tres que se contraponen y se complementan. Del pasado llegan al presente información, ideas, conocimientos y por supuesto objetos, que son sus manifestaciones materiales. Cada generación construye una cierta cantidad de artefactos que surgen como respuestas a las necesidades de su tiempo y le sirven durante el lapso de su vida. Muchos de esos objetos, de acuerdo a su constitución y las expectativas puestas en su ejecución, tienen una vida útil acotada y desaparecen de la tierra al mismo tiempo que sus creadores. Pero una buena cantidad les

sobreviven y duran más que el término de la vida de los hombres que los construyeron y les dieron un significado; y se acumulan en el mundo mezclándose con los nuevos que cada generación requiere, propone y construye. La acumulación de artefactos es cada vez mayor, y se convierte en uno de los elementos fundamentales para hacer visible el paso del tiempo y la conexión concreta de cambio y continuidad que existe entre el pasado y el presente.

Para que eso suceda, es necesario que el hombre se adueñe del entorno que lo rodea. Ya hemos dicho que el mundo natural, formado por elementos inanimados (minerales) y seres animados (animales y vegetales) existe de forma previa a la aparición del hombre sobre la faz de la tierra, y es independiente de este. El ser humano se apropia de él de una forma “natural”, convirtiéndolo en una fuente aparentemente inagotable de recursos de distinto tipo con los cuales satisfacer sus demandas y construir cosas. Es así que lentamente empieza a elaborar un mundo artificial que se complementa con el anterior y que está formado por todas aquellas cosas que el hombre, en tanto ser individual y social, hace. Es lo que más atrás hemos llamado el mundo cultural, la casa del hombre. De la misma manera que se hace poseedor del entorno natural, el hombre se siente poseedor también de buena parte del entorno artificial que ha contribuido a crear, y se apropia de él.

Cuando su ciclo vital llega a su fin, todas aquellas construcciones que le dieron un sentido a la vida –la religión, los mitos, el lenguaje, las tradiciones– y que la hicieron materialmente posible –la vivienda, las armas, los utensilios, la tierra– se convierten en la herencia que deja a sus sucesores, en el legado que transmite a los semejantes que le continuarán en el tiempo. Situados en el presente, los objetos físicos que heredamos de nuestros antecesores, que nos traspasaron nuestros ancestros, nos hablan de ellos al erigirse como las realizaciones materiales de su pensamiento. El pasado se

hace vivo en el presente a través de los artefactos, y de esa manera la cultura de una generación “continúa” en la siguiente. Este “fluir” a través del tiempo, de continuar a la vez idéntica y distinta a sí misma, es casi una condición inherente a la cultura; al respecto dice Joaquín Noval:

“No llamaremos conducta cultural a toda conducta que puede desplegar un miembro de una sociedad en cualquier momento dado, sino sólo a aquella parte de la conducta total cuyos lineamientos básicos son transmitidos por unos miembros de la sociedad a otros, de una generación a otra. La cultura viene del pasado, va hacia el futuro y generalmente es un proceso continuo a pesar de los cambios que sufre. Es enseñada y aprendida [...]”<sup>4</sup>

La cantidad de artefactos creados por un grupo humano actuando en un determinado lugar durante un lapso histórico es incalculable, sobre todo si contemplamos que con el transcurrir de la historia tanto las necesidades humanas como las respuestas a tales necesidades se han ido multiplicando y complejizando por diversas razones, promoviendo creaciones cada vez más numerosas y sofisticadas. De esta manera el mundo está inundado de objetos construidos por el hombre. El paso del tiempo, de la misma manera que afecta al hombre y a los demás seres vivos (independiente de la percepción que cada especie tenga de este fenómeno), también afecta a los objetos, y si bien no todos responden de la misma manera, el desgaste y la inevitable destrucción son su consecuencia.

Algunos objetos desaparecen casi inmediatamente después de haber sido creados y utilizados, porque sirven para satisfacer una

---

<sup>4</sup> Noval, Joaquín. “Temas fundamentales de la Antropología”. Universidad de San Carlos de Guatemala. Guatemala. 1972. Págs. 99, 100.

necesidad surgida de la órbita de lo estrictamente funcional y son, por lo tanto, producto de la eventualidad o la urgencia. Otros tienen una duración mayor y están ligados fundamentalmente a un valor de uso. Su duración es mayor porque las habilidades y el ingenio puestos en su construcción son superiores, porque la perspectiva del uso que se le asigna es más prolongada o porque deben servir como herramientas para la construcción de otros artefactos y por lo tanto el celo puesto en su elaboración es mayor. Su vida útil generalmente termina no cuando el paso del tiempo deteriora su materialidad, sino cuando son reemplazados por otros que se adecúan mejor a las necesidades siempre cambiantes y cada vez más vertiginosas de las sociedades que los generan. Un último grupo de objetos son apreciados de manera especial por sus creadores de manera tal que se aspira a que duren “toda la vida”, que su existencia sea lo más larga posible, incluso más larga que el término de una vida humana. Esta voluntad de resistir el paso del tiempo, de pretendida “eternidad”, puede estar dada desde el momento mismo de la construcción del artefacto, o atribuirse a un objeto del grupo anterior proporcionándoles cuidados especiales. Cualquiera sea el mecanismo, lo cierto es que existe un conjunto de objetos que se reconocen y se estiman de una forma especial porque están revestidos de una serie de cualidades de diferentes órdenes, que son seleccionados de entre los demás y protegidos por diferentes medios para asegurar su máxima duración; situación esta que garantice su transmisión a la generación venidera y el disfrute de quienes nos sucederán. Así planteado, este grupo de artefactos se convierte en “bienes”, o sea en “objetos con valor positivo” que legados a las generaciones por venir se transformarán en su patrimonio heredado. Este legado patrimonial de tipo material del que estamos hablando actúa como una conexión directa entre el hoy y el ayer porque logra que el pasado se haga efectivo en el presente de la forma más concreta posible. En este

sentido actúa quizás de una forma más inmediata que las ideas y las tradiciones orales y escritas; porque si bien estas también nos hablan del pasado, no se pueden ver ni tocar como sí se pueden ver y tocar los objetos materiales –ingresar a un edificio, tocar un instrumento antiguo, ver una escultura–; que de la manera más directa que pudiera pensarse promueven el contacto entre las generaciones. El patrimonio heredado viaja a través del tiempo portando un mensaje y se convierte así en una advertencia, en un llamado de atención, en un recordatorio para cada generación acerca del origen y el desarrollo de la cultura a la que pertenecen; y en una cantera de datos que relacionados convenientemente permiten, al menos en parte, comprender la realidad actual y proyectar el porvenir. Al respecto, Horacio Gnemmi señala en un glosario de términos relacionados a la conservación arquitectónica:

“Patrimonio: Del latín *patrimonioum*, en sentido figurado significa bien o herencia. En el caso del patrimonio construido se hace referencia a todo tipo de bienes cuyo conjunto define la identidad de los pueblos”.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Gnemmi, Horacio. “Puntos de vista sobre la conservación del patrimonio arquitectónico y urbano”. Ediciones Eudecor SRL. Córdoba, Argentina 1997. Pág. 308

## 3 | LOS PROCESOS DE SELECCIÓN. LOS VALORES

Más arriba, cuando nos ocupamos de los objetos y de su relación con el tiempo, reflexionamos acerca de su inevitable destino de desgaste y destrucción como una condición general de todas las creaciones del ser humano. De hecho es esta también una condición inapelable para, al menos, su realidad física. El deterioro y la desaparición de los objetos es independiente del menor o mayor cuidado que se haya puesto en su factura y de la calidad de los materiales y los procesos que se utilizaron en su construcción. Más tarde o más temprano ocurrirá. Sin embargo, dicho proceso puede verse afectado desde distintos puntos de vista por situaciones diferentes. Una de las más importantes por las consecuencias que acarrea tiene que ver con el crecimiento y el desarrollo económico de las naciones, relacionado esto con procesos de industrialización, comercialización e intercambio cada vez más complejos. El progreso material, entendido como el fundamento y motor de la modernización, lleva consigo implícita una dinámica permanente de transformaciones y

cambios que pareciera no detenerse ante nada en pos de una constante mejora de las condiciones materiales de la vida del hombre. Impregnadas de esta ideología cuya lógica inevitable es el cambio, muchas generaciones han arrasado, por ejemplo, con segmentos enteros del entorno construido que se habían ido elaborando poco a poco a lo largo de muchísimo tiempo. De esta manera, la pérdida de los objetos comporta un lento desarraigo de la memoria, al desaparecer los elementos tangibles o materiales que portan las ideas que llegan del pasado y las hacen visibles en el presente. Si el patrimonio es un conjunto de bienes que define la identidad de los pueblos, su pérdida conduce irremediamente a una anulación de la conciencia colectiva, a la ignorancia de los orígenes, a la incapacidad de comprender el presente, a la imposibilidad de prever un destino común. Paralelo al crecimiento exponencial que ha experimentado este proceso de destrucción en los últimos tiempos, se ha conformado también en la conciencia de los grupos sociales la certeza de que el patrimonio cultural, a semejanza del natural, tiene el carácter de un bien no renovable. De la misma manera que una especie animal o vegetal extinguida no puede reemplazarse por otra, cualquier objeto material heredado es único, y su destrucción comporta un vacío irremplazable. Ante la conciencia de esta pérdida, diversos grupos más o menos representativos de las distintas sociedades históricas han reaccionado generando respuestas diversas que pueden englobarse bajo la denominación de prácticas conservacionistas.

La conservación del patrimonio en general, y de los bienes materiales en particular, plantea una serie de cuestiones primeras cuya respuesta es necesario determinar antes de encarar cualquier acción concreta. El medio físico donde se desarrolla nuestra vida, nuestro entorno construido, esta formado por una cantidad incalculable de objetos. Convivimos con objetos que se produjeron hace cientos de años, otros que vieron la luz en nuestro siglo y algunos

fabricados hace muy poco tiempo. Nuestra existencia está rodeada de restos del pasado y nosotros seguimos fabricando objetos en la medida en que las necesidades de la vida contemporánea modifican nuestros hábitos de una forma cada vez más acelerada. Este enorme depósito de objetos crece permanentemente y, tanto su formidable dimensión como la mezcla y superposición de piezas de distintos órdenes, atentan contra la posibilidad de poner en práctica acciones conservacionistas. Pensar en conservar todo se convierte en una pretensión absurda por lo imposible de la empresa, además de innecesaria e inconveniente. Ni el sentido común ni, en último caso, los recursos económicos que deberían ponerse en juego, avalan una idea de esta clase. En este punto el dilema consiste en dilucidar qué elementos de ese fondo tan extenso se deben conservar, para luego determinar qué hacer con ellos. La conservación de patrimonio pone en práctica entonces un método general, cuyo primer paso consiste en establecer una selección cuidadosa y debidamente fundamentada de aquellos bienes que por importancia, representatividad, posibilidades de uso, etc., se destacan entre los demás y merecen convertirse en objeto de cuidados especiales para ser transmitidos a nuestros sucesores. El paso de la selección es fundamental en el proceso de conservación, e involucra diferentes actores o sectores de la sociedad cuyas opiniones, dictámenes, intereses y presiones concurren en el acto de escoger cuáles bienes merecen formar parte del fondo patrimonial. El espectro va desde un sector científico-profesional dedicado a la investigación institucionalizada cuyos dictámenes son determinantes, hasta las fuerzas económicas que dominan el mercado y cotizan en la actualidad los bienes culturales; pasando por una serie de asociaciones intermedias de tipo cultural y no gubernamentales cuyo objetivo principal es la difusión, y por la estructura político-administrativa que confecciona un marco normativo a la actividad conservacionista.

El trabajo de selección se realiza bajo la órbita de unos criterios que los grupos mencionados más arriba definen en el momento de actuar, y que lejos de estar consensuados de manera universal, adquieren unos caracteres singulares en cada operación y en cada sitio, condicionados por una serie de circunstancias particulares. Seleccionar significa, según el diccionario, elegir una o varias cosas de entre un conjunto, separándolas del resto y prefiriéndolas. Esa preferencia, o sea la primacía o ventaja que para nosotros unos objetos tienen sobre otros se fundamenta en el valor que les asignamos tanto a los primeros como a los segundos. O sea que la acción de seleccionar consiste, en buena medida, en otorgar valor (o valores) a los objetos. En este punto las preguntas que surgen naturalmente se refieren en primer término a saber qué son los valores, para luego precisar cuáles son los valores que se le atribuyen a los objetos de la cultura material. La respuesta a la primera cuestión proviene de la filosofía, disciplina que considera a los valores como una de las cuatro esferas de los objetos ontológicos. La primera y la segunda esfera corresponden a los objetos reales y a los objetos ideales, la tercera a los valores y la cuarta a los objetos metafísicos. Los objetos reales y los ideales comparten la categoría óntica de ser; las cosas y los objetos ideales son, aunque son de diferentes maneras. Los primeros son de forma temporal y causal, mientras que los segundos tienen una existencia intemporal e ideal. Los valores en cambio tienen características diferentes. La noción de valor parte de ciertos acentos peculiares que hacen que las cosas no nos sean indiferentes. La definición de valor se apoya en el principio de no indiferencia del mundo, o sea en la determinación de que no hay cosa alguna ante la cual no adoptemos un posición de preferencia o elección, ya sea positiva o negativa. Frente a los juicios de existencia que anuncian de las cosas aquello que las cosas son, los juicios de valor enuncian de una cosa algo que no agrega ni quita nada ni a la existencia ni a la

esencia de los objetos. O sea que los valores no son parte de las cosas ni son las cosas mismas, porque a diferencia de los objetos reales y los ideales, no tienen la cualidad de ser, sino la de valer. La capacidad de valer es precisamente la capacidad de no ser indiferente; la no-indiferencia es la esencia del valer. Los valores no son “entes” sino “valentes”, no tienen entidad, no son por sí mismos. De aquí se desprende que siempre están adheridos a otro objeto, que no son independientes, que no tienen por sí mismos sustantividad. Los valores son, en tanto, lo que podríamos designar vulgarmente como “cualidades puras” de las cosas. No son cualidades reales ni ideales porque no son (como los objetos reales), ni pueden ser demostrados (como los objetos ideales). Son por lo tanto “cualidades irreales” de las cosas que solo pueden ser mostradas (no demostradas) y acerca de las cuales solo se puede discutir. Los valores adheridos a una cosa son ajenos a la cantidad no pueden mensurarse, al tiempo y al espacio. De esta categoría se infiere que los valores son absolutos, están en las cosas independientemente del hecho que el hombre los perciba o no. Sin embargo –y esto es fundamental en el desarrollo posterior de este trabajo y sobre ello volveremos– existe en el hombre una cierta “relatividad” histórica, o sea una actitud y unas expectativas cambiantes a lo largo del tiempo, para intuir y percibir los valores. Esto quiere decir que ha habido ciertos periodos históricos en los que el hombre ha sabido captar o intuir ciertos valores, mientras que otros permanecen sin ser revelados; situación que seguramente se ha modificado o incluso invertido en el periodo siguiente. Esto no quiere decir que los valores que no se perciben no existan, ni que el acto de percibir crea el valor; los valores han estado siempre allí independientes del hombre que los capta. Otra categoría de los valores es la polaridad, o sea que esa no-indiferencia puede ser mayor o menor, estar más o menos alejada –positiva o negativamente– del punto de indiferencia. A cada valor se opone un contravalor, y ambos

son los polos extremos y equidistantes del punto de indiferencia. Los valores se clasifican en grupos de acuerdo a ciertos criterios que varían en relación a los distintos autores que se ocupan de ellos. Y entre estas clases existe además un ordenamiento jerárquico, o sea que unos valores parecen ser superiores a otros de acuerdo a si se alejan más o menos del punto de indiferencia. Estas categorías de clasificación y jerarquía tienen que ver también con cierto relativismo histórico a la hora de percibir los valores, ya que intuitivamente podemos afirmar que en determinadas épocas las posiciones de los diferentes valores en las escalas confeccionadas han variado substancialmente.

Uno de los intelectuales más importantes que a comienzos del siglo XX se ocupó de elaborar una doctrina completa de los valores fue Max Scheler, quien retomando y ampliando el pensamiento de su contemporáneo Husserl, consideró que en el campo de las “esencias” había un grupo particular desprovisto de un significado real o pensable, y que eran completamente irracionales. Este grupo distinto lo constituyen los valores, que a diferencia de aquellas esencias que pueden percibirse a través de la razón, solo se pueden captar de una forma emocional e intuitiva, a través del “espíritu”, ese principio que según el autor hace al hombre una persona y lo diferencia del resto de seres animados e inanimados. Scheler reconoció, de manera general, los siguientes grupos de valores: útiles, vitales, lógicos, estéticos, éticos y religiosos.

En 1903 Alois Riegl, historiador y teórico del arte austríaco, propuso una clasificación de los valores concebida especialmente para los monumentos históricos y artísticos, cuya tutela ejercía desde la función pública del Imperio. Luego de definir el concepto de monumento, Riegl reconoció en ellos dos categorías fundamentales de valores de acuerdo a la relación que estos establecen con el tiempo: aquellos que apelan al pasado y que denominó valores rememorativos, y los

que se vinculan con el presente y que denominó valores de contemporaneidad. El primer grupo, a su vez, está integrado por tres subcategorías: el valor de antigüedad, el valor histórico y el valor conmemorativo intencionado. En el segundo grupo se contemplan, por un lado, el valor instrumental, ligado a la capacidad de ciertos monumentos de satisfacer necesidades eminentemente prácticas y materiales; y por otro el valor artístico cuya vocación es satisfacer demandas de tipo espiritual. Y aquí el autor definió dos clases de valor artístico: el valor artístico elemental o de novedad y el valor artístico relativo. La clasificación de Riegl ha sido muy influyente durante todo el siglo XX y en ella se han fundado muchos estudios posteriores. Más cerca de nosotros en el tiempo y refiriéndose exclusivamente a una disciplina específica del quehacer humano, la arquitectura, José Villagrán García propuso que el valor arquitectónico de una obra es un valor integrado por otros valores que concurren en él y que se agrupan en cuatro grandes categorías: valores útiles, valores lógicos o factológicos, valores estéticos y valores sociales.

Como se ve, desde la proposición más general de Scheler hasta la más específica de Villagrán García, ciertas categorías de valores se conservan en las distintas clasificaciones, poniendo de manifiesto que una teoría particular de los valores de cualquier disciplina se funda inevitablemente en una axiología general. De la misma manera algunas categorías más antiguas se engloban en las más recientes bajo nuevas o diferentes denominaciones, complejizando y enriqueciendo un panorama que se torna cada vez más amplio y abarcante, y sobre el que se sigue investigando y debatiendo. Sin embargo es necesario fijar en este punto cuales son los valores que hoy se reconocen en el patrimonio y organizarlos según una clasificación actual, que sea lo suficientemente amplia para que puedan introducirse la mayor cantidad de categorías posibles, y que al mismo tiempo resulte clara y operativa a la hora de ser puesta en

práctica en la tarea de selección. Una clasificación interesante y lo suficientemente flexible como para incorporar posibles categorías novedosas es la que expondremos brevemente en este punto, y que contempla tres grandes clases de valores atribuibles a los objetos patrimoniales: valor de uso, valor formal y valor simbólico.

- a. Valor de uso:** se refiere a la capacidad de ciertos objetos patrimoniales de satisfacer determinadas necesidades concretas de la sociedad que lo posee, o de convertirse en instrumento que sirve para elaborar respuestas a interrogantes o desafíos que surgen de determinados estamentos sociales. A partir de esta diferencia se diferencia un **valor de uso tangible** de un **valor de uso intangible**. El valor de uso tangible tiene que ver con la posibilidad de utilizar los bienes de una forma concreta y sacar de ellos un provecho (incluso económico). Las posibilidades de uso concreto convierten al objeto en algo útil desde el punto de vista material. El valor de uso intangible se relaciona con la posibilidad del bien de suministrar información que puede ser utilizada para ampliar y profundizar el conocimiento que tenemos acerca de diferentes aspectos del mundo que nos rodea. Los bienes se transforman en objetos de investigación de diferentes ciencias según los métodos particulares de cada una de ellas, cuyo resultado permite incrementar el conocimiento histórico e histórico-geográfico, el conocimiento antropológico, el conocimiento técnico y el conocimiento general de las culturas pasadas y de las de hoy.
- b. Valor formal:** se refiere a la reacción positiva que promueven en nuestros sentidos determinados objetos patrimoniales, ligados a la experiencia estética y a la emoción que despiertan en nuestro espíritu. También tiene que ver con otras cualidades de ciertos bienes menos ligadas a la belleza y más relacionadas con el carácter único, la rareza, el exotismo, el

refinamiento de los materiales, las destrezas particulares puestas en práctica en su factura, etc.

- c. **Valor simbólico:** Un símbolo es un objeto (también puede ser un fenómeno o una acción) material que natural o convencionalmente designa, indica, evoca o representa a otro. En nuestro caso los objetos históricos designan, evocan, representan en el presente a un personaje, un suceso, una gesta o una cultura del pasado; adquieren valor simbólico porque al convertirse en una presencia que reemplaza a algo o a alguien que ya no está y que de hecho se representa de otra forma. Las ideas y los pensamientos de quienes los construyeron y usaron cobran forma material en los objetos y a través de ellos viajan hasta hoy hablándonos de nuestros antecesores y de su cultura. Participan, al haber sido creados por sociedades pasadas y haber durado hasta hoy, de dos tiempos históricos, relacionándolos. A través de los artefactos heredados las sociedades actuales establecen un enlace real y directo con su pasado, evitando intermediaciones, y esto es lo que les otorga un valor incalculable.

Ahora bien, el significado contenido en los objetos patrimonializados no es un atributo congelado en el tiempo ni su duración es ilimitada. Por el contrario, su naturaleza es dinámica y cambiante. En una primera instancia los artefactos creados por el hombre tienen la capacidad de representar el mundo de las ideas de la época en que fueron creados y transportarlo hacia el presente. Pero también son susceptibles, a lo largo de ese tránsito, de ir incorporando otros significados diferentes al primero, que los hombres de las sucesivas generaciones van depositando en ellos según la cosmovisión de cada época. Estos nuevos significados se revelan no solo ante los especialistas que se ocupan del patrimonio, sino también se fijan, fundamentalmente, en el ideario colectivo de las comunidades y en las diferentes generaciones